

Niño también me deslicé inocente,
Con paso indiferente,
Sin soñar en amores,
Tras el vivo matiz de hermosas flores
Y el límpido cristal de mansa fuente.

Y libre, como garza voladora,
Con infantil decoro
Y gracia encantadora,
Besando fuí tus arenillas de oro
Al tibio rayo de la blanca aurora.

Entonces, ¡ay! ¡con cuán brillante arreo
Agitaba mis alas
En loco devaneo,
Cercado siempre de celestes galas,
Por los eternos campos del deseo!.....

Mas, de entonces ahora..... ¡cuántos daños
Han causado á mi vida
Los tristes desengaños!.....
¡Una tras otra la ilusión perdida
Bajo el peso terrible de los años!.....

Yo soy aquel infante candoroso
De las guedejas blondas
Y mirar cariñoso,
Que tantas veces se agitó en tus ondas
Como entre flores el sunsún hermoso:

Yo soy el mismo; pero el alma mía
Tristemente ha perdido
Su inefable alegría,
Y en vano busca en tu corriente fría
La imagen bella de su Abril florido.

Sigamos, ¡ay! sigamos la jornada,
Llorando yo mis penas
Con alma resignada,

Y tú besando el manto de azucenas
Que se mece en tu margen sosegada.

Tal vez mañana, triste y abatido
Por los placeres vanos,
Aquí vendré perdido,
De horrible tedio el corazón herido,
Mustia la frente y los cabellos canos:

Y sentado en tu margen fresca y grata,
Con íntima alegría,
Veré cuál se retrata
Sobre tus ondas de color de plata
La imagen, ¡ay! de mi vejez sombría.....

Prosigue, pues, arroyo, tu carrera
Mientras voy aspirando,
De hermosa primavera,
El celestial aroma en tu ribera,
Tus ondas con mis lágrimas mezclando:

Que iguales en la vida y en la suerte,
Uno será el destino
Inexorable y fuerte,
Que á los dos nos sorprenda en el camino,
Y nos lleve al abismo de la muerte.

LA GOTA DE ROCÍO.

Á MI AMIGO RAMÓN ZAMBRANA.

¡Cuán bella en la pluma sedosa de un ave
Ó en pétalo suave
De cándida flor,
Titila en las noches serenas de estío
La diáfana gota de leve rocío
Cual chiſpa de plata ó estrella de amor!—

El álamo verde que el aura enamora,
La fuente sonora,
La concha del mar,
La palma del valle, la ceiba sonante,
Cual fúlgido rayo de niveo brillante
La ven en sus hojas inquieta temblar.

Llorando sus penas gallarda hermosura
El cáliz apura
De aromas y miel;
Y el lago sus ondas azules levanta,
El cisne se queja de amores y canta,
Y todo en la tierra respira placer:—

Resbala entre rosas fantástica y leve,
Que es frágil y breve
Su hermoso existir;
Cual son de la vida los sueños de amores,
Y el beso de almíbar que en copa de flores
Nos brinda gozosa la edad infantil.

Acaso de un ángel la lágrima sea
Que amor centellea
Con luz celestial,
La gota de alféjar de un niño que llora,
La perla más blanca que vierte la aurora
Y el céfiro lleva con soplo fugaz.

Entonces el alma suspira entusiasta,
Y es pura y es casta
Su bella ilusión;
Como es inocente la luz que destella
Radiante en los ojos de incauta doncella,
Apenas concibe la imagen de amor.

¡Oh noche! ¡Oh misterio de eterna armonía!
¡Oh dulce poesía
De sueño y de paz!—
¡Poema de sombras, de nubes y estrellas,

De rayos de oro, de imágenes bellas,
Suspense entre el cielo, la tierra y el mar!—

¡Oh, como gozoso en las noches de Mayo
Al trémulo rayo
De luna gentil,
Sentado en el tronco de un sauce sombrío,
Tras gota apacible de suave rocío
Pensé de mi madre las huellas seguir!—

Y allí con mis versos en paz deleitosa,
Mis hijos, mi esposa,
Mis libros y Dios,
¡He visto las horas rodar sin medida,
Cual rueda esa perla del cielo caída,
Temblando en el cáliz de tímida flor!—

¡Feliz si, muriendo, mis tristes miradas
De llanto bañadas
Se fijan en ti!—
¡Feliz si mi lira vibrante y sonora,
Cual cisne amoroso, con voz gemidora
Su queja postrera te ofrece al morir!.....

Tú al menos podrás en mi gélida losa
Con luz misteriosa
Mi nombre alumbrar;
¡Y el ave sedienta verá con ternura,
De un pobre poeta la lágrima pura,
Allí sobre el mármol tranquila brillar!.....

LA ORACIÓN DE LA TARDE.

Ya de la tarde el manto misterioso
Sobre el callado mundo se desploma;
Ya de Venus gentil el disco asoma,
Ya triste muere el sol.

Llevemos por el áspero camino
Con religiosa fe la débil planta,
Y oigamos la oración que se levanta
De lágrimas á Dios.

Alcemos nuestro templo en la montaña,
Teniendo por techumbre el mismo cielo;
Por luz la estrella, por alfombra el suelo,
Y un árbol por altar.

Oigamos de la fuente que murmura
La desmayada voz, y el querelloso
Armónico gemir del bosque hojoso
Llamándonos á orar.

El ámbar de la flor será el incienso,
Y el suspiro del aura en lejanía
La plegaria de paz que á Dios envía
Contrito el corazón;

Del órgano sagrado el grave coro
La música será de los torrentes,
Y el canto de las aves inocentes
La mística oración.

Ya los profanos goces de la vida
Del barro se desprenden terrenales;
Ya escuchamos los ecos inmortales
Del arpa de David.

El cuerpo ya flaquea, y libre el alma
De la materia vil que aquí la oprime,
Ya se levanta espléndida y sublime
Á la mansión feliz.

Sus alas bate el pensamiento y vuela
Hasta que altivo y denodado alcanza
Á la duda vencer con la esperanza,
Al error con la fe.

Y al torpe vicio la virtud se opone,
Y en vasos de oro á la inocencia ofrece
El celestial perfume que adormece
Sus horas de placer.

Ved cómo agitan sus gallardas pencas
En nuestros valles las agrestes palmas,
¡De cuántas tristes y olvidadas almas
Imágenes no son!.....

¡De cuántos seres que olvidados moran
En solitarias tumbas no son ellas,
Al blando lamentar de sus querellas,
Tristísima expresión!.....

¡Oh! ¡Cuán dichosos, ¡ay! los que exhalan
No lejos de la patria sus lamentos,
Y en sus terribles últimos momentos
Pudieron contemplar

Los vivos rayos de aquel sol tan bello
Que luz y vida les brindó en la cuna,
Consuelo en el dolor, y en la fortuna
Feliz tranquilidad!

Mas ¡ay! que el alma para todos tienes,
En medio del silencio y del retiro,
Una amorosa lágrima, un suspiro,
Alguna pobre flor,

Que al despojarse lamentable hiere
La cuerda del dolor que siempre llora,
Y en palpitante endecha gemidora
Les da su eterno adiós.

Ya de la tarde el manto misterioso
Sobre el callado mundo se desploma;
Ya de Venus gentil el disco asoma,
Ya triste muere el sol.

— 196 —

Llevemos por el áspero camino
Con religiosa fe la débil planta,
Y oigamos la oración que se levanta
De lágrimas á Dios.

D. RAMÓN VÉLEZ HERRERA.